


**Rincón del Libro**


## *Retos para la praxis: un acercamiento a los movimientos sociales contemporáneos*

**R**icardo Martínez Martínez (comp.) *Los movimientos sociales del siglo XXI. Diálogos sobre el poder*. Editorial El Perro y la Rana, Caracas, 2008. ISBN: 978-980-396-951-6. 315 pp.

El concepto de *praxis* es importante en el pensamiento marxista. De inmediato, remite a la práctica, a la acción transformadora de la sociedad. En esto se relaciona inmediatamente con los movimientos sociales. También involucra la reflexión teórica orientada a esa transformación social. Esto último también se vincula a los movimientos sociales.

Los movimientos sociales no se limitan al mero activismo. Sus horizontes sobrepasan las reinvin-

dicaciones inmediatas de las que nacen y conducen a un necesario replanteamiento de la praxis. El libro *Los movimientos sociales del siglo XXI* no es, en modo alguno, un manual sobre los movimientos sociales latinoamericanos del siglo XXI. No encontramos en él pretensiones de afirmar algo en un sentido definitivo o definitorio. No hay un sentido definitivo, en el sentido de buscar decir la última palabra sobre este tema. Cuando se dice la última palabra, advertía Gadamer, se concluye el diálogo y la interpretación. Tampoco hay un sentido definitorio, pues las definiciones cerradas en sí mismas son seductoras. Nos tientan a anteponerlas a la realidad. Uno de los autores, Sergio Tischler, afirma de manera abierta que quiere

“esquivar cualquier definición al respecto”.

Detrás de esto último hay un rechazo a aquel hábito inveterado en alguna parte de la izquierda latinoamericana que consiste en anteponer la definición a la realidad. Pero no solamente la definición: se buscaba sobreponer el aparato (partidario, sindical, burocrático) a aquello cuya índole era movimiento, dinamismo, praxis.

A falta de definiciones tajantes e incuestionables, este libro ofrece perspectivas diversas de los movimientos sociales contemporáneos. Desde el estudio de experiencias concretas —como los textos de Hugo Molina, Guillermo Almeyra o de Ricardo Martínez, referidos a El Salvador, Argentina y México, respectivamente—, pasando por el análisis de factores estructurales —tal es el caso del texto de Chomsky—, hasta una perspectiva filosófica, lo que se muestra aquí es que, más que definiciones limitantes, los movimientos sociales demandan perspectivas más integrales, tanto en su aproximación teórica como en la praxis crítica de las realidades concretas.

Una de esas definiciones limitantes es la de reducir los movimientos sociales a las reivindicaciones económicas. Este economismo, herencia de un positivismo larvado en el pensamiento de izquierda, impide ver que lo que pone a los movimientos *en movimiento* va mucho más allá de las

motivaciones económicas. Las más de las veces, lo que desencadena las energías del movimiento sobrepasa la racionalización propia del capitalismo. John Holloway lo llama “asimetría”. Afirma que la “asimetría es la clave del pensamiento y la práctica revolucionarios. Si estamos luchando para crear una cosa, entonces nuestra lucha también tiene que ser otra cosa”.

Esta asimetría es lo que Adorno llama “negatividad”. El sistema capitalista requiere un pensamiento y una práctica afirmativos, esto es, que reafirmen su modo de hacer las cosas, sus relaciones de poder, su forma de organizar el mundo. El movimiento social es asimétrico, negativo. Es el “pelo en la sopa”, o, como diría Roque Dalton, “el escrutador, el más apto para ser odiado”.

El movimiento social es un problema práctico y un problema teórico. Al menos para la praxis y teoría tradicionales, lo es. Resistirse a definirlo de la manera tradicional no es escabullirse del problema. Habría que definirlo de una manera dinámica. Enrique Dussel, en su ensayo “El pueblo y el poder liberador” propone retomar el concepto gramsciano de *bloque histórico*, tanto para rechazar una visión cosificada del sujeto de los cambios sociales, así como un concepto *a priori*, por decreto, de quién debe ser dicho sujeto: “Gramsci —dice Dussel— para evitar dicha sustantivación (la clase obrera como ‘sujeto histórico’ del marxismo *standard*) usa el concepto de ‘bloque’. Un

‘bloque’ no es una piedra en cuanto a su consistencia, solo es un conjunto integrable y desintegrable; puede tener ‘contradicciones’ en su seno (como lo proponía Mao Tse-Tung); aparece con fuerza en un momento y desaparece cuando haya cumplido su tarea (si es que la logra, y los pueblos también fracasan y es frecuente)”.

¿Qué es lo que pone en movimiento a este bloque histórico? ¿Qué es lo que desencadena las “energías revolucionarias”? Walter Benjamin ha ubicado la fuente de esas energías en la memoria de los antepasados masacrados, más catalizadora de los movimientos revolucionarios que la ilusión del progreso histórico, que siempre permanece dentro de la lógica afirmativa del capitalismo. Estas energías históricas obedecen a la asimetría de la que habla Halloway, a la negatividad. La negatividad *niega* la afirmación del sistema capitalista, transgrediendo, como escribe Wladimir Ruiz Tirado, “el edificio conceptual moderno”.

Esta transgresión proviene en primer lugar de quiénes son los que mueven los cambios sociales. Agrega Ruiz Tirado, “no parece ser la ‘clase obrera’ ni el único, ni el motor indispensable para avanzar en los cambios revolucionarios, aunque sin ella no será posible la ruptura de la relación social que es el capital. Son múltiples los actores sociales que aspiran a la revolución, no digamos con un protagonismo teleológicamente establecido, o signado por una racionalidad cien-

tífica inexorable (socialismo científico), sino con uno más realista y menos dogmático o, al menos, más creativo”. No hablemos de *sujeto histórico* en singular, sino de una pluralidad de sectores que, desde los márgenes, transgreden, no sólo el edificio conceptual moderno, sino la misma racionalidad unidimensional moderna.

Hablar de creación es ir más allá de esa racionalidad afirmativa. Alude a lo estético, a la poesía, a todas aquellas experiencias humanas que van más allá de la racionalidad unidimensional. Hugo Molina, al referirse a la campaña electoral recién pasada, plantea que “la derecha hace todo tipo de esfuerzo para despojar a la población de la esperanza del cambio. [...] este es un sentimiento social que crece en el país: la necesidad del cambio de rumbo y las encuestas u otras formas que recogen la opinión de la gente, se reafirma o confirma en la conciencia de más y más población”. Es notable que sea algo tan subjetivo, poco tangible —al menos desde los parámetros positivistas—, como “la esperanza del cambio”, lo que haya movilizado al pueblo salvadoreño a derrotar a ARENA en las urnas y lo haya dispuesto a movilizarse por la defensa del voto. La esperanza del cambio es lo que catapultó las energías creadoras y transformadoras. Por tanto, no podemos hablar de praxis sin tomar en cuenta este aspecto creador, poético y estético. Es poético, en el sentido de la *poiesis*, un tipo de

praxis creativa (Aristóteles), pero también es estético, pues parte de la sensibilidad humana. En palabras de Ricardo Martínez, que rescata el concepto zubiriano de inteligencia sentiente, "se trata de comprometerse por medio del grito rebelde a cambiar la situación de quienes están perdiendo la vida actualmente, porque a la larga, es el inicio de que otras personas más la vayan perdiendo. Se trata de tener conciencia de que somos una sensibili-

dad sentiente y estamos situados en la realidad". Sentimiento y racionalidad, movimiento social y cambio cultural, teoría y praxis, respuesta coyuntural y reflexión filosófica, no son sino partes de un mismo asunto: el de cambiar radicalmente nuestras sociedades.

Luis Alvarenga

Departamento de Filosofía

UCA, San Salvador